

JOAQUÍN GAHONA

**A TRAVÉS
DEL
PANTANO
MALDITO**

Una Historia Corta
de **ODISEA MÍSTICA**

Sígueme en mi Página Web y RRSS, para que estés al tanto de mis nuevas publicaciones:



<https://www.joaquingahona.com>



<https://www.facebook.com/JoaquinGahonaOficial>



<https://twitter.com/jgahona77>

A TRAVÉS DEL PANTANO MALDITO

Rokko había perdido su batalla en el infierno, y ahora su vida pendía de un hilo.

Así estaban las cosas: enterrado por completo, presionado por toneladas de tierra roja a su alrededor, sin posibilidad alguna de poder moverse, y con el aire cada vez más escaso. En cuestión de minutos... ¡No, en cuestión de segundos!, su vida terminaría.

¿Podría salir airoso de tan terrible prueba? ¿Podría, de alguna forma, desenterrarse y proseguir su sagrada venganza contra aquellos que habían osado pervertir su mundo y llenarlo de caos? Y más importante aún... ¿Podría ser capaz de rescatarla... a *ella*?

Inmóvil y desesperado como estaba, el tiempo transcurrió de forma ilógica. Como un observador omnímodo, se vio así mismo surcando las distintas etapas de su vida solapándose unas tras otras siempre en la forma de retazos inconexos, miríadas de historias desordenadas, acaso imaginarias, acaso reales, que poco a poco iban conformando las sinuosas llanuras de su mundo interno. Rokko se dejó llevar sin rumbo por aquellos parajes en los que no tenía posibilidad alguna de tocar o modificar

nada, solo observar.

Existía un hilo conductor, sin embargo. Un canal que se encargaba de transportarlo de una historia a otra, creando la ilusión de la vida, como la pintura que embellece al dibujo cuyos trazos no tienen una definición fija. Se trataba de los sentimientos. Lloró, o más bien *sintió* como si lo hiciera, al revivir los maltratos de parte de sus compañeros cadetes, cuando aún era un niño. Gozó como el que más, cuando ganó su primer combate como gladiador en el coliseo. Se enamoró nuevamente de la princesa Andrea, el amor de su vida; y se odió intensamente a sí mismo por no haber sido capaz de conquistarla cuando había podido, dejando que un enclenque como Victorio se quedara con ella... Y en todos aquellos momentos, fue vulnerable como el hielo que se triza con el cambio de temperatura. Más, mientras los sentimientos amenazaban con quebrarlo, pudo escuchar una misteriosa voz que parecía proceder de un lugar muy lejano, pero que progresivamente fue haciéndose más y más nítida, cual tambor que señala el camino de regreso hacia una dimensión olvidada...

«¡Ven por mí!»

Y a más parecía acercarse la voz, más crudas y recientes se volvían sus historias...

«¡Ven por mí!»

Aparecieron otras voces que de tanto en tanto traspasaban la bruma de su inconsciencia, pero solo ésta se mantuvo firme. Poco a poco, el incesante mensaje llegó a convertirse en un mandato imperioso, la exigencia de un poderoso soberano oculto entre las nubes...

«¡Ven por mí!»

Al final, sus historias alcanzaron un orden lógico. Comenzaban a desprenderse de aquella esencia onírica que las había revestido, y en cambio, adquirirían ahora todo el dramatismo y la claridad de los recuerdos recientes.

Como un largo viaje de introspección que finalmente comienza a confluir con la fría realidad, pronto Rokko se vio a sí mismo surcando las aguas del Pantano Ácido junto al viejo soldado Shakal y al lamebotas de Nannus. Lo que vino a continuación, fue como si alguien le hubiese empujado a sumergirse en la historia, pasando drásticamente de espectador a participante...

* * *

«Me ofrezco como voluntario para rescatar a las princesas»

Aquellas habían sido las importantes palabras con las que había sellado su compromiso. A medida que se iban adentrando en los territorios prohibidos, más fuerte se

hacía la convicción de que llegaría hasta las últimas consecuencias para completar su misión, la cual, aún sin saber todas las desventuras que le esperaban, ya consideraba la más importante y desafiante en la que hubiera participado jamás.

La travesía los había conducido hasta aquel pantano del que tantas historias espantosas se contaban con voz susurrante entre los bohemios de la Taberna del Bosque. Entre estas, la más extendida era la de que si llegabas a caer en sus aguas, al instante tu cuerpo quedaría derretido como una vela al fuego. Pero también había otras, como la de serpientes monstruosas que emergían atraídas por el particular olor que expelían los seres humanos y que las incitaba a probar su carne fresca, y esa otra que aseguraba que el pantano era una especie de lugar de encuentro en dónde los demonios celebraban sus malévolos influjos sobre la mente de personas inmorales.

Pero el viejo Shakal conocía el lugar. Ya había estado aquí cierta vez, en una expedición de reconocimiento cuyo fin era crear un mapa que mostraría las líneas que delimitaban el reino. Aquello había contribuido decisivamente a iniciar una campaña de *purificación* (muerte en la hoguera) a escala masiva contra todos quienes osaran, por las razones que fuese, cruzar aquellos límites. Por lo anterior, recordaba el camino como nadie más y, naturalmente, eso lo convertía en la persona más apropiada para dirigir al reducido grupo de rescate.

Lentamente, con las sombras del bosque recortando la visión panorámica, la desesperación comenzó a ganar los corazones de Shakal y Nannus. Era muy extraño que aún no pudieran alcanzar la arenosa orilla a la que se suponía deberían haber llegado varias horas atrás. ¿Se habían perdido? ¿O realmente el lugar que esperaban encontrar había cambiado tanto?

—Definitivamente este tronco enorme no debería estar aquí —pensó en voz alta Shakal, mientras apuntaba hacia el inmenso obstáculo que estrechaba el paso—. Jamás vi nada parecido. Tengo un mal presentimiento de todo esto. —Tras un momento de reflexión, añadió—: Recomiendo regresar.

—¿Qué?! ¿Cómo puedes decir eso viejo idiota?! ¿Cuántas horas crees que nos tomará salir de aquí?! ¡Ya casi no nos queda luz! —Fue la explosiva reprimenda de Nannus.

—El atajo no funcionó. Tendremos que devolvemos, no hay más remedio —respondió el viejo soldado, intentando zanjar el asunto.

—¡Eres un abuelo estúpido! No sé para qué viniste si eres tan viejo. Se supone que sabías lo que hacías. Se supone que eras el que más experiencia tenía. ¡Además...!

Shakal, famoso por no irse por las ramas cuando se trataba de exigir respeto, se acercó airadamente a Nannus y, antes de que éste pudiese improvisar alguna defensa, estiró su mano y le agarró la tráquea, con la presión suficiente para causarle un paralizante dolor.

—Escúchame lameculos —le amenazó, con su respiración tocándole las orejas—: No me gustan las personas rastreras como tú. Y sí, tengo mucha experiencia, la suficiente para saber que es mejor deshacerme de los estorbos antes de que lo echen todo a perder.

Fue posible leer la palabra «suéltame» en los labios de Nannus, aunque lo que se escuchó se parecía más al lamento de un perro herido.

Rokko, sentado en la popa de la barcaza, disfrutaba del espectáculo con verdadero placer. Y, no obstante, no tuvo más remedio que intervenir cuando comprobó que las intenciones de Shakal eran más serias de lo que pensaba. No era que sintiera un especial aprecio por Nannus, pero era consciente de que hasta un imbécil como él permitía aumentar las posibilidades de rescatar a las princesas sanas y salvas. Y eso era lo más importante.

—¡Basta! —ordenó el guerrero—. Primero cumpliremos nuestra misión y después pueden quitarse los ojos entre ustedes si quieren.

Shakal no obedeció sin más, sino que se quedó mirando a Rokko con una expresión de desafío, de esas que de tanto en tanto buscaban provocarlo. Al final, tras un largo rato de agonía para el pobre Nannus, le soltó con un fuerte empujón, provocándole tal dolor que de inmediato éste se fue al suelo y se quedó en posición fetal, llevándose las manos al cuello mientras intentaba desesperadamente introducir aire a sus pulmones.

Todo había terminado con un regañadiente Nannus aún con sus manos sobándose la garganta y con unos exorbitantes ojos rojos, que oculto entre las sombras nadie notó. Rokko y Shakal en tanto, cada uno remo en mano, se empeñaban en proporcionar a la embarcación la velocidad suficiente para salir del pantano antes de que los lánguidos rayos del atardecer agotaran su luz.

El característico ruido del bosque fue apagándose conforme el día se extinguía. Una parte de la naturaleza se aprestaba a dormir y otra, más sosegada, pero mucho más misteriosa comenzaba a tomar su lugar. A ratos, la calma se sentía bien. Tenía ese exquisito encanto capaz de apaciguar los genios más exaltados y proporcionar descanso a la continua angustia cotidiana.

Por el tiempo que duró la agradable transición, una muda tregua se gestó entre todos. Por mucho rato no percibieron más novedades en el camino, que el rumor de los miles de grillos, ranas y demás bichos de la noche que comenzaban a participar de su ajetreada vida nocturna.

Pero bastó solo un inesperado ruido desde algún lugar cercano para convertir el tranquilo momento en un angustioso drama.

—Tiene que haber sido una rama quebrándose —dijo Rokko, mostrándose sobradamente relajado—. No es necesario que te alarmes Nannus.

—¿Dices que fue una rama?! ¿Cómo lo sabes?! —increpó éste, sin poder esconder el pavor que lo embargaba. Luego añadió impulsivamente—: ¡Y cómo verla, si

todo está endemoniadamente oscuro en este asqueroso lugar al que este viejo de mierda nos trajo!

—¿Vas a seguir conmigo otra vez?

—¡Ya paren! ¡Parecen unos niños! —Esta vez la reacción de Rokko fue inmediata. Tras un suspiro de indignación dejó su remo a un lado y agregó con un tono reflexivo—: Puede que no haya podido verla, pero si algo tiene el mismo sonido de una rama quebrándose, para mí se trata de una rama quebrándose y nada más. Ya cálmense... ambos.

Nannus estuvo a punto de insultar su intromisión, pero al final no se atrevió a contradecirle. Algunos segundos después, el misterio volvió a ponerlo en guardia.

—¡Ahí está otra vez! ¿Lo escucharon, cierto?

Con la atención agudizada, se hizo más fácil definir que en efecto, el ruido era el de ramas crepitando en la periferia del pantano. Lo tenebroso era pensar en lo que ello implicaba, pues, ¿qué podría estar desplazándose por aquel peligroso lugar, más que una bestia salvaje o algo mucho peor? Tras el ruido inicial, el resquebrajar se multiplicó con salvaje estrépito por algunos segundos, hasta concluir con la evidente señal de que *algo* muy pesado se había dejado caer en el agua.

—No es para tanto —dijo Rokko—. Este lugar debe estar lleno de troncos podridos que ceden y se caen de vez en cuando.

—¡Es la serpiente! ¡Estoy seguro! —Nannus, sucumbiendo ante las terribles imágenes que evocaban los ruidos en la oscuridad, se apuró en tomar el remo desocupado

por Rokko y comenzó a remar con frenesí—. ¡Ya sabe dónde estamos! ¡Viene por nosotros!

Shakal, que había permanecido remando mecánicamente como una forma de abstraerse de los molestos arrebatos de Nannus, finalmente se detuvo y contó hasta tres antes de hablar, de modo que su irritación no le traicionara:

—Mira estúpido miedoso, solo lo diré una vez más. Y no me importa lo que piense o haga Rokko. Si sigues llorando como una nena, te arrojaré sin remordimiento alguno por la borda. Así podrás encontrarte con esa maldita serpiente de la que tanto hablas.

Si al menos pudiésemos ver un poco más, pensó Rokko, mirando algunas aperturas que habían comenzado a aparecer entre la tupida cúpula arbórea que les cubría. Una inusual sonrisa se dibujó en su rostro cuando, al poco de pensar en ello, se abrió una amplia extensión que permitió que el cielo quedara al descubierto. Más aún, la platina luz de la luna llenó de claridad el entorno, lo cual les permitió ver todo alrededor casi tan bien como en el día.

—Ves, Nannus. Tu miedo te hace creer en cosas que no existen —señaló el guerrero, ahora que una parte del tronco que había supuesto podía verse con claridad.

—¡No lo puedo creer! ¡Pero si parece que la nenita se ha hecho en los pantalones! —exclamó Shakal, dirigiendo

una descarada sonrisa hacia el urgido Nannus. Regocijándose en su descubrimiento, pronto estalló en sonoras y solitarias carcajadas que podrían haberse escuchado a leguas de distancia. Al final, remató con ironía—: ¿Sabes qué? ¡Quizá, más que como soldado, podrías servirnos de bufón! De hecho, cuando regresemos de esta misión, yo mismo te recomendaré con el rey. Ya quiero ver eso. ¡Un rey loco y su bufón miedoso!

—¡Atrás tuyo! —gritó Rokko demasiado tarde para advertir al distraído Shakal.

Antes de que el viejo pudiese siquiera entender qué estaba sucediendo, sintió su cuerpo aprisionarse contra la escamosa y dura piel que lo cubrió desde los pies hasta la mitad de su torso. Fue hipnotizado por la enorme cabeza de serpiente que se plantó frente a su cara. Horrorizado, sus lagrimosos ojos presenciaron con lujo de detalles como el extraordinario animal se disponía a engullirlo, cual depredador que está a punto de servirse a la más tierna de sus presas. Pero entonces, cuando estaba a punto de hacerlo, su reptiliana cabeza se desprendió del resto del cuerpo y calló como un zapallo maduro sobre la embarcación.

—¡Te debo una Rokko! —Exclamó Shakal, cuando hubo recuperado el aliento—. Ni siquiera pude defendirme.

—Hay más de estas cosas en el agua —advirtió el guerrero tras escuchar nuevos ruidos acercándose—. Debemos mantenernos en guardia sin entrar en pánico.

El guerrero miró de soslayo a Nannus para verificar si sus palabras habían sido atendidas. Aunque comprobó que no había sido así, no le dijo nada más. Y es que, éste batía su remo contra las aguas con una inusual concentración que era mejor aprovechar a favor. Luego se detuvo en Shakal...

—Comprendo —dijo el viejo, tomando el otro remo antes de que Rokko pudiese esgrimir palabra—. Hay que salir rápido de este asqueroso lugar. En cualquier caso, ya queda muy poco.

Rokko asumió su tarea de vigía con igual empeño, siempre sereno, pero con su filosa espada lista y dispuesta para ejecutar en el acto, cualquiera fuese la criatura que emergiera del pantano.

Menos de un cuarto de hora más tarde, fueron todos encandilados por la luz proveniente de la abertura entre el ramaje que se divisaba al final del camino. Aquel acceso de luz mortuoria, lúgubre, en contraste con la profunda oscuridad que la circundaba, parecía una verdadera puerta hacia un oasis celestial. Más que eso, el propio Rokko anheló secretamente su encuentro, como el vagabundo que divisa su casa desde la distancia, después de años de búsqueda incansable.

Nannus fue el primero en escapar hacia la luz nada más llegar a la orilla. Le siguió luego Shakal, pisándole los pasos.

Tras ellos, Rokko se dispuso a hacer lo propio. Sin embargo, pese a la gran atención que había mantenido durante todo el trayecto, solo le bastó un segundo de relajamiento para quedar a merced de la muerte.

La nueva serpiente que apareció desde su retaguardia, atrapó sus piernas con una fuerza imposible de contrarrestar, y luego comenzó a arrastrarlo hacia las aguas.

—¡Shakal! ¡Nannus! —alcanzó a gritar, consciente de que una vez sumergido, las cosas empeorarían.

Se agarró como pudo de los pequeños arbustos que sobresalían en la orilla, pero estos no le ofrecieron más que una frágil resistencia antes de que salieran arrancados con raíz y todo. Cuando quiso volver a gritar los nombres de sus compañeros, su voz fue amortiguada por la heladísima agua del pantano, hacia cuyas profundidades su cuerpo era llevado con la gravedad de una roca.

¿Por qué no han venido en mi auxilio!, pensó atormentado. *¡Los he llamado y nadie ha venido!* Con cada segundo que pasaba, la desesperación por respirar se tornaba más inaguantable. Sabía que no duraría mucho más.

Pronto, su cuerpo chocó contra el fondo, probando que no era tan hondo como parecía. Aún podía ver, como una estrella que languidece en una noche brumosa, la luz que señalaba el final de un camino al que nunca llegaría. Le pareció entonces, como un símbolo de la desesperanza más completa.

¿Es qué voy a morir así? La desesperación que lo embargaba remeció su identidad. Tanta preparación, tanto entrenamiento... ¿De qué le servían ahora? El salvajismo de

la naturaleza le había demostrado lo indefenso que era, lo limitada que eran sus fuerzas físicas en realidad.

La serpiente envolvió el resto de su cuerpo y comenzó a apretarlo con el poder de cien hombres. El resquicio de aire que aún guardaba salió expulsado de su cuerpo con violencia. Mantuvo un último atisbo de conciencia antes de que los espasmos comenzaran.

No había dignidad en morir así. Era injusto. No merecía una muerte que no ofreciera la estampa de la gloria, el honor y la trascendencia. Pero eso a la muerte no le importaba.

Sus desbaratados y ridículos movimientos de agonía se convirtieron en una danza macabra. La luz de una vela que está a punto de apagarse, pero que brilla por última vez con más fuerza que nunca.

El cuerpo es una máquina que no sabe rendirse. Su percepción, renuente a dormirse para siempre, regresaba como a latigazos. Sintió que el frío del agua se filtraba a través los pliegues más íntimos de su piel, hasta penetrar en los huesos. Tal era la sensación de la muerte que se cuela segura por los últimos recovecos de una vida que se apaga.

Al final, su corazón, como liberado de su perpetuo trabajo, dejó de latir, no sin antes explotar con un sobrecogedor y quemante llanto capaz de atravesar el frío, como el hierro ardiente que se templea en el agua. Y luego de aquel fulgurante instante de dolor inconmensurable, vino la paz...

Ya no había cuerpo que salvar. Y, sin embargo, su conciencia no se había extinguido. De alguna forma, im-

posible de racionalizar, se había producido una desconexión. El fecundo presentimiento de que su personalidad todavía perduraba intacta en algún plano existencial comenzó a crecer hasta volver a adquirir las propiedades de una mente reflexiva, consciente, vivaz. El hierro en el agua había dado lugar a un nuevo estado del ser, el vapor. Rokko, libre de todas las ataduras físicas, comprendió que su alma le pertenecería para siempre.

Y, no obstante, estaba incompleto.

La soledad le sacudió como la brisa que insinúa la tormenta. Tuvo la certeza de algo olvidado, de algo que le impedía ascender a la luz. Pero, ¿qué era aquello? ¿qué era eso que le impedía seguir transitando libre y gozoso hacia lo incognoscible?

De pronto, la luz sobre su cabeza, aquella resplandeciente y amable invitación a las maravillas del cielo se le antojó falsa. Una trampa hermosa y perfecta.

«Ven por mí»

Volvió a escuchar aquel mensaje. Era sencillo, apenas un susurro que no renunciaba a ser atendido, que no se rendía ante las barreras del tiempo y la muerte. Como un recuerdo persistente. Era la voz del destino. El destino le llamaba con la gravedad del deseo más profundo, y ante él, toda la promesa de felicidad que podía ofrecerle aquel escape hacia la luz, comenzaba a perder su importancia.

El vapor que constituía su esencia última, volvió a recogerse, a concentrarse, desafiando lo imposible. La voluntad de volver a la cruda y dolorosa realidad ya abandonada, se convirtió en la espada con la cual rajar las gruesas cortinas de su vida pasada. Y una vez rajadas, las atravesó.

Lo que encontró del otro lado fue la urgente necesidad de respirar. Esa que sucede al nacimiento de todo ser humano, y en la cual se expresan tácitamente todas las batallas y guerras por venir.

¡Aire!

Su necesidad de respirar era imperiosa, sin embargo, el natural elemento le fue negado.

Intentó mover su cuerpo, pero no pudo hacerlo. Ni siquiera algo tan simple como abrir sus ojos. Estaba atrapado. Instintivamente supo que estaba enterrado. Imprimió fuerza a sus músculos y luchó contra la opresiva pared de tierra por insufribles segundos, hasta que, en el borde de la asfixia, una de sus manos logró atravesarla.

Inmediatamente comenzó a desenterrarse empezando por su cara. Lo primero era liberar sus vías respiratorias, todo lo demás era secundario. Con los escasos segundos que le quedaban, poco le importaron las heridas que su mano pudiese infringir en su rostro, verdaderos arañazos descontrolados y anhelantes por descubrir ese tesoro que era su cuerpo.

El momento en que sintió en sus labios el áspero rasmillar de la tierra removida, no pudo ser más dramático. En la primera bocanada de aire que quiso dar, todo lo que consiguió fue llenar su boca con tierra que le llegó hasta la garganta. Pero fue ese mismo impulso espasmódico de querer toser con todas las ansias de su ser, que finalmente pudo remover parte de la tierra alrededor de su cara, logrando así conseguir un poco de vivificante aire.

Era todo lo que necesitaba. Se conmovió al pensar en lo importante que podía llegar a ser una pequeña cantidad de esa cosa tan común y abundante que siempre se daba por sentada: aire. Efímeramente, recordó cierta ocasión cuando siendo todavía un niño, había devuelto una trucha al río. Había estado toda una mañana tratando de pescar hasta que por fin había logrado conseguir una. Más, cuando tuvo todo listo para asarla, algo le retuvo. Pena, bondad, compasión, nunca supo muy bien por qué la había regresado al agua para dejar que se fuese sin más.

Se trataba de un hecho trivial que había recordado sin querer. Pero se quedó pensando. La diferencia que había entre aquella trucha y él, era que a él nadie lo había salvado.

«Ven por mí... Rokko»

¡La voz seguía llamándole! Más de alguna vez había escuchado cómo la falta de aire podía producir efectos alucinatorios, pero aquello se sentía muy real. Cuidó de

tomarse todos los segundos que hiciesen falta para desperezarse antes de seguir desenterrándose. Abstraído en sus cavilaciones, se replanteó su comparación con la trucha: *¿O en realidad sí me ha salvado alguien?*

Puso a prueba su capacidad de discernimiento. El sueño de su travesía por el pantano aún estaba fresco en su mente. Pero mientras más se concentraba en ello, más claro le quedaba que no se trataba de un sueño. Un poco antes de que el aturdimiento declinara lo suficiente como para seguir liberándose, ya lo había resuelto con la contundencia de lo obvio: se trataba de un recuerdo.

Empero, el puzle de contradicciones aún estaba incompleto.

Volvió a cerrar los ojos a la espera de la misteriosa voz que tanto había demandado su atención. Tuvo suerte, pues, en menos de un minuto volvió a irrumpir, hallando a Rokko listo para dilucidar sus secretos.

No era exactamente una voz, en el sentido común de la palabra, pero era la mejor forma de diferenciarla de la infinidad de pensamientos y mezclas de emociones que competían por destacar en su mente.

«Rokko... Estoy aquí, ven»

Pudo percibir la avalancha de sentimientos con la cual venía cargada la inaudita petición. Desesperación, rabia, rebeldía, impotencia. Rokko fue golpeado por una carga

de emociones que no pudo refrenar, cual muralla incapaz de resistir el paso de un huracán. Perdió así su concentración, aunque ya no era necesaria para entender lo que ocurría. Se trataba de la princesa Elissa. No podía verla, pero sí sentirla. Sentir dónde estaba, sentir todo su sufrimiento y el fuego de una voluntad todavía fuerte.

Su cuerpo tembló, imbuido por la transmutación de aquellas emociones en su propia carne. Tan fuerte como la certeza del aire que necesitaba, era la convicción de que debía salir de aquel lugar inmediatamente e ir al rescate de la princesa. No era negociable...

Elissa era su destino.

Fue impactante redescubrir el fenómeno que ocurre cuando se niega la mirada a las tentadoras excusas de la fatiga. Primero se encargó de liberar su otro brazo. Con ambas manos fue desenterrando su cabeza, para luego seguir con su torso y finalmente llegar a sus piernas.

Liberado al fin de las ataduras de la tierra, se incorporó pesadamente sobre el cráter que había sido su tumba. A un costado estaba su espada, cuyo filo resplandecía entre el polvo. La recogió con firmeza y miró hacia el horizonte. Una jauría de enormes perros se aproximaba corriendo hacia él, ávidos de sangre y carne. Respiró profundo, enderezó su figura y se preparó para enfrentarlos.

CONTINUARÁ...

Muchas gracias, querido lector, por acompañar a Rokko en uno de los muchos obstáculos que tendrá que enfrentar en su particular aventura hacia lo desconocido. El anterior cuento corresponde a una de las líneas argumentales de mi saga **Odisea Mística**.

Rokko es el guerrero más fuerte del **reino de Bulla**, y está determinado a rescatar a **Andrea y Elissa**, las hijas de **Jorken Cazadragón**, el rey orate. Estas han desaparecido en los límites prohibidos del reino, a dónde pocos hombres se han atrevido a ir, pues, existe la firme creencia de que más allá de éste, el mundo está dominado por demonios provenientes del infierno capaces de devorar el alma de los hombres...

¿Por qué han raptado a las princesas? ¿Podrá Rokko rescatarlas? ¿Existirá realmente el infierno más allá del reino de Bulla?

Para saberlo, te invito a continuar leyendo mi saga:

"ODISEA MÍSTICA"



Ya Disponible en:



LINK: <http://leer.la/B097KWZP3V>



Sígueme en mi Página Web y RRSS, para que estés al tanto de mis nuevas publicaciones:

<https://www.joaquingahona.com>

<https://www.facebook.com/JoaquinGahonaOficial>

<https://twitter.com/jgahona77>